

UN RINCON ROMANTICO DEL CEMENTERIO DE HUESCA

Más allá de la partida rural conocida con el famoso nombre guerrero del Alcoraz, bajo la próxima vigilancia del cerro de San Jorge y ante la lejanía azul de las sierras de Gratal y de Guara, en tierras que antaño doraron mieses—conocieron la suave y fresca caricia del nacimiento de la verde hierba del trigo y el monótono golpear de muerte de la hoz sobre la sazónada espiga—, se extiende el campo santo que hoy, tras blanqueadas tapias y entre altos cipreses que encarnan «recio dolor concentrado y viril», acoge misericordioso los tristes despojos mortales de los que, en vida, lo fueron todo para nosotros: padres, esposos, hijos, hermanos, parientes, amigos y...

Visitad, visitad con frecuencia sus tumbas y desahogad vuestro dolor y nostalgia del ausente con oraciones, lágrimas y flores, pero, cuando hayáis satisfecho ya vuestro anhelo de más próxima comunicación con los vuestros, después de haber dado el consolador «hasta otro día», detened por una vez siquiera vuestros pasos en el recinto del llamado «cementerio viejo» y recorred una por una las lápidas que cubren los nichos de las galerías que lo circundan. Casi todas ellas encierran los restos de personas que murieron hace más de cien años, que vivieron en la época romántica, contemporáneos de Larra, Espronceda y el duque de Rivas: «Damas de gesto solemne, luciendo rizos historiados, caballeros pálidos de semblante y clásica patilla, generación desaparecida, sí, pero aún próxima, como si todavía flotase en el aire que respiramos la tristeza de su despedida».

Y la emoción más dulce va a surgir cuando leáis los versos, que Agustín de Figueroa, en un artículo sobre la desaparecida sacramental de San Martín, de Madrid, llamaba «literatura necrológica», esas dedicatorias lapidarias tiernas y llenas de amor, hoy completamente desusadas. Pero dejemos que hablen ellas.

En el número 193, dedicado a una anciana de 77 años, fallecida el 19 de abril de 1866, podemos leer:

Llamóme Dios y volé
a la celestial Sión
y en deshecha confusión
mis fríos restos dejé.
¡Feliz yo que desprecié
del mundo la pompa vana,
y la fugaz, como humana,
dicha que ansía el mortal!
¡Feliz! sí, que huyendo el mal,
la gloria hallé soberana.

En el número 183, que contiene las cenizas de una madre y de su hija, que murió a los 22 años, el 1.º de marzo de 1866, está grabado:

Si el mundo es valle de miseria y llanto,
déjalo y vuela a la celeste altura;
allí no sentirás fiero quebranto,
todo allí será paz, todo ventura:
Pues el Eterno Ser tres veces Santo,
gloria irradiando celestial y pura,
eternal galardón da a sus amantes,
con corona de perlas y brillantes.

En el nicho número 161 veo una lápida en recuerdo de una señora, «la más «curiosa» (limpia, ordenada, en el sentido oscense de la palabra) de las esposas y ejemplar modelo de madres», fallecida en la vía férrea de Zaragoza a Almodóvar—quizá la primera víctima del reciente invento— el 23 de mayo de 1862, y a la que sus desconsolados hijos dedican los siguientes versos:

Un día sigue a otro día,
vence al placer el dolor,
y del tiempo a la tiranía
sucumbe la lozanía
de la más garrida flor.
Huye el más puro contento,
cual rápida exhalación.
Se extingue aquella ilusión
que es de la vida portento,
el néctar del corazón.
Porque es un sueño la vida,
es un arcano la nada,
es flor que, apenas con vida,
se ve ya mustia y hollada,
nace, fenece y se olvida.

Más allá, en el nicho 130, el azulejo dedicado por sus hijos «a un adicto y constante partidario de la Constitución de 1812», que murió a la edad de 61 años, el 28 de junio de 1860, nos da otra de las claves de la época: la pasión política. En aquél idealizan su recuerdo con los siguientes versos:

Jamás olvidarán tus hijos
los mandatos y consejos que les diste,
porque tienen sus pensamientos fijos
en este sepulcro donde tu cuerpo existe.

En el número 127, cuya lápida separó de este mundo los restos de una joven de 22 años, fallecida el 2 de noviembre de 1859, lleva grabados unos versos que se infantilizan a medida que van concluyendo:

Si en el abril de mis años,
hallándome más lozana,
la inexorable guadaña
me arrancó de vuestros lados,
no lloréis padres amados,
he hallado mejor vida
y en ella de noche y día
pediré por vuestro bien,
por mis hermanos también
y por toda la familia.

En el nicho 19, en un azulejo doble, se lee la siguiente inscripción en prosa, que no necesita de ningún comentario:

«Aquí yace D.^a....., que murió pacíficamente en el Señor, el día 31 de julio de 1853, a los 72 años de su edad, después de haber sufrido con indecible paciencia y constancia admirable una penosa enfermedad de parálisis absoluta en el brazo y pierna izquierda, por espacio de nueve años, dos meses y doce días, permaneciendo todo este tiempo postrada en cama de un lado constantemente, sin quejarse; antes bien alababa y bendecía al Señor, por la señalada merced de hacerla partícipe de sus trabajos, dejando como herencia a su familia y al mundo ejemplos edificantes que imitar de insigne piedad, resignación y conformidad cristiana».

No falta tampoco entre estas inscripciones otro azulejo que nos recuerda en latín su paso por esta vida de un carmelita descalzo, provincial de su Orden, nacido en Albarracín y que pasó a mejor vida en la ciudad de Huesca, el 11 de mayo de 1852, a los 71 años de su edad:

Jacet in hoc mortalitatis sarcophago..... Ord. Carmelit Excalceat. Provincialis: — Vir sapiens et optimi consilii: — Humilis, mansuetus, et prudens: — Qui accepta a Domino quinque talenta: — virtutum praxi: assiduo ac indefesso — In animarum

lucro, celo et labore: duplicare curavit. — Natus in civitate Albarracinensi Prov. — Turolensis in Aragonia — Die 21 octobris anni 1781 — Obiit Osce (sic) diae (sic) 11 Maii 1852 — R. J. P.

Y el nicho 91 vuelve a recordarnos la fragancia de la vida joven de una doncella de 24 años arrebatada al mundo el 26 de agosto de 1863 y cuyo recuerdo perpetúa hasta hoy la poesía que sigue:

Revestido de formas terrenales,
que a los cielos robaron su hermosura,
un ángel descendió desde la altura,
en donde son las dichas eternas.
Habitó con nosotros los mortales,
vertiendo por doquier paz y ventura.
Su cuerpo yace aquí, el alma hermosa
de su Dios en el seno fiel reposa.

En la dedicatoria del nicho 149, unos padres vierten todo su desencanto ante la vida, por la pérdida de su hijo de siete meses de edad, fallecido el 19 de abril de 1849, quizá su primer hijo, acaso el único:

Corre la vida entre fragantes rosas
o entre crudas espinas de dolores,
sus sendas son iguales mentirosas
en su dura aflicción, en sus amores.
Mentira el sonreír de las hermosas,
mentira de la suerte los rigores,
sólo es verdad el triste desconsuelo
en que sumiste al mundo al irte al cielo.

Predominan en este triste recorrido que desordenadamente vamos haciendo las dedicatorias a los jóvenes muertos en la flor de su vida, y así nos detenemos junto al nicho 183, de una joven muerta en 3 de junio de 1864, enterrada a los 26 años de edad, cuyo epitafio nos dice:

No entristezcas lector,
que tú también morirás,
más espero no te irás
sin pedir por mí a Dios.

Ya vamos llegando al final, y, en el número 187, reposan juntos un caballero de 48 años, fallecido en 25 de junio de 1864 y un su nieto de 21 años, que acabó sus días más prematuramente todavía, el 15 de junio de 1898, en un año de los que hacen historia. Su inscripción, en primera persona, es como sigue:

Fuí buen hijo, buen cristiano,
muy amigo del amigo,
nunca se cerró mi mano
al socorrer al mendigo.
No os deis al desconsuelo,
cuando os hayáis de morir,
quien nos separó en el suelo,
nos volverá a reunir.

Cierra esta ya larga serie la inscripción de la tumba que contiene las cenizas de una abuela y de su nieta, de 10 meses, fallecidas, respectivamente, el 14 de noviembre de 1869 y el 22 de julio de 1868. Quisiera que sus versos fueran el broche final de estas líneas, en las que he querido poner mi piadoso sentimiento de caridad hacia todos. Aquellos que encierran una profunda verdad, nos pueden servir de provechosa lección. Dicen así:

Cierto que «la vida es sueño»
y el morir es despertar,
también tú lo has de probar.
¡Ora... y velaré tu sueño
yo... que acabé de soñar!

Al salir del cementerio, llenos de emoción, llevamos grabadas en nuestra mente las también poéticas palabras que señalan el osario del mismo:

«Polvo de generaciones oscenses, cuyo amor fue tu amor: Huesca».

JOSÉ ANTONIO MARTÍNEZ BARA